4. HISTORIA Y CULTURA

LA AFICIÓN A LOS TOROS DE MARIO VARGAS LLOSA, EN SUS ORÍGENES

JOSÉ CAMPOS CAÑIZARES
UNIVERSIDAD WENZAO (TAIWÁN)

La concesión del Premio Nobel de Literatura de 2010 al gran escritor peruano y español Mario Vargas Llosa ha situado en un contexto valorativo su condición de aficionado a los toros, en un momento en el que la antiquísima Fiesta de Toros Española e Hispánica sufría un acoso agudizado por ciertos sectores políticos y sociales en su intento de debilitarla y de acortar el camino hacia su desaparición. Así, hemos visto con cierto parangón paradójico, como al tiempo que se prohibían las corridas de toros en Cataluña, se le concedía el máximo galardón artístico universal a un defensor de la fiesta taurina. Desde luego, este reconocimiento a la carrera literaria de Vargas Llosa no ha estado en absoluto relacionado con su gusto festivo, pero sí podemos afirmar que ha sido una noticia de interés, y que el suceso ha subido la moral de quienes son defensores y seguidores del juego con el toro en su máximo grado de exposición, como es el enfrentamiento del torero y del toro en un ruedo, en público, en el marco celebrativo de un ritual inmemorial, que es el que representa la lidia de toros bravos, todavía en la actualidad.

Además de Vargas Llosa, otros escritores premiados con anterioridad con el Nobel de Literatura, han abordado el tema de los toros, como Ernest Hemingway y Camilo José Cela, con diferente compromiso e intensidad. Si nos centramos en la obra taurina de Vargas Llosa, la encontraremos en artículos, en discursos recogidos por escrito y en declaraciones o entrevistas. Su producción, a pesar de no ser de amplia cuantía, posee una valiosa magnitud de ideas que permite acometerla, analizarla y, siguiendo su mensaje, componer una teoría que nos facilite conocer el proceso que lleva a que una persona determinada se convierta en aficionada a los toros. Aspecto que para Mario Vargas Llosa sobreviene en el clima familiar y en el ambiental, es decir, en el entorno en el que cada uno se educa y crece, al ser

un mundo, el taurino, que (en la mayoría de los casos) se entiende, a tenor de sus palabras, desde "la tradición y la cultura del medio en que se nace y se vive"[1].

La faceta de cómo surge la afición a los toros en la niñez puede ser la más sugerente de los diversos contenidos de los escritos taurinos del escritor, y de ella hablaremos más adelante. A su vez toca otros temas de diversa perspectiva, entre los que destaca, incluso, una defensa encendida de la pervivencia de la fiesta de los toros con postulados apasionados y aguerridos, desde donde nos muestra la realidad histórica de lo táurico, como elemento unificador en la cultura hispánica, al manifestarse en ella de manera pública y eminentemente popular el rito sagrado del juego con el toro. Un suceso que nos entronca con el pasado más lejano de nuestra especie, "del que venimos", según señala Vargas Llosa, y por el que "descubrimos que, aunque las apariencias digan lo contrario, no hemos cambiado tanto, ya que, por debajo de las capas de modernidad que nos hemos echado encima, (o de) los gigantescos conocimientos que hemos ido adquiriendo [no hemos variado espiritualmente]". Así pues, para el autor de *La guerra del fin del mundo*, de desaparecer la corrida de toros, se iría con ella la relación antropológica que mantenemos con nuestros orígenes y, al mismo tiempo, la manera más vigente y ancestral de comunicarnos, y que mantiene la cohesión social, allí donde se produce.

En otro sentido, Mario Vargas Llosa menciona la enorme dificultad que existe a la hora de acceder a la comprensión del hecho taurino, ya que no se alcanza desde el campo de la racionalidad, si no que penetra en cada uno de nosotros a través de los subjetivos conductos de la sensibilidad y de las emociones. Por ello, al igual que las modalidades artísticas de la poesía y la música, la aprehensión de lo táurico se moldeará por los territorios de la intuición, de la creatividad, de la sugerencia, de lo oculto, de lo que no se ve a primera vista y que solo se nos revelará cuando lleguemos a ello desde "un terreno espiritual previamente abonado", que haga factible coger al vuelo algo tan etéreo e inasible como "un natural" o "una verónica" (convenientemente trazados). Manifestaciones divinas, las del toreo, que pueden ser entendidas mediante una explicación técnica, pero que en su íntima emoción, en su meollo, sólo serán degustadas por aquellos que han ejercitado, al recorrerlo, el sendero de las sensaciones taurómacas, o artísticas; y que, en este caso, lo han inferido, al haber dejado la puerta abierta al embeleso de la sorpresa y a la devota admiración. Expresa Vargas Llosa que quienes no poseen el aparejo necesario para que este fenómeno se haga comprensible, ni para verse trascendidos por las calidades sensitivas del toreo, quedarán, para la eternidad, al margen del milagro artístico de apreciar la fiesta de los toros; una evidencia natural porque, como ocurre en otros aspectos de la vida, muchas personas no se

1 Iremos utilizando pasajes de la obra taurina de Mario Vargas Llosa sin especificar la fuente para agilizar el texto. Al final del artículo pueden consultarse las referencias bibliográficas.

deleitan con algunas artes, como la música, la poesía o la arquitectura. Lo cual no debe ser una preocupación para nadie, más bien, al contrario, ya que no hay que convencer a los que no conciben el juego taurino, ni siquiera recomendar "las corridas de toros (pues) no tienen por qué entusiasmar a todo el mundo".

ORÍGENES Y FUNDAMENTACIÓN

El primer contacto de Vargas Llosa con el mundo de los toros se produjo cuando de niño fue a vivir con la familia de su madre a la ciudad de Cochabamba, en Bolivia, al comienzo de la década de los cuarenta del siglo pasado. Allí, se encontró con el caldo de cultivo propicio para aficionarse, pues entre los Llosa, como él escribe, "se hablaba mucho de toros, y se recordaban corridas célebres, y entre los tíos y los abuelos había eruditas discusiones sobre cuál de los dos grandes diestros –Juan Belmonte o Joselito, que habían toreado ambos en Lima– era el mejor". Metido en ese ambiente que le entusiasmaba, verá su primer festejo –posiblemente una novillada– "un domingo por la tarde, a mis nueve años de edad", cuando su abuelo materno decide que es el momento de llevarle; algo que él nunca ha podido olvidar: "de la mano del abuelo Pedro subí a pie las faldas de ese pequeño cerro llamado El Alto por los cochabambinos, donde estaba el coso de la ciudad, para asistir a mi primera corrida". A ella acudió con enorme bagaje teórico debido a las conversaciones previamente escuchadas: "ya tenía yo la cabeza y los sueños llenos de toreros".

El impacto fue enorme, y en él prendió de inmediato la afición a los toros, tanto que nada más salir del festejo le comunicó a su abuelo que quería ser torero –dejando otras vocaciones anteriores como la de aviador o la de mago– a lo que éste le contestó con sabiduría, y con intención de aminorarle el efecto de lo visto: "No se lo comuniquemos todavía a la abuela. Antes, tenemos que prepararla". A partir de ese instante su deseo era torear, y así se puso a hacerlo, dando capotazos a "astados metafóricos –sillas, mesas, escobas, una cabrita de Santa Cruz que daba topetazos, y a mis sacrificadas primas Nancy y Gladys". El deslumbramiento que sufrió en su primer día de toros fue muy profundo: "No recuerdo quiénes toreaban, ni qué ocurrió en el ruedo, ni si los toros lo eran, o novillos. Recuerdo, en cambio, con fulgurante nitidez, mi concentración, mi fiebre, con el espectáculo. Con lo que vi en el redondel, y con lo que presentí a partir de lo que vi, las infinitas posibilidades de gracia, valentía, invención y brujería, de garbo, hondura y pinturería que me hizo entrever, como por una rendija, un áureo tesoro, el simulacro al que asistía". Tal choque emocional y artístico dejó en Vargas Llosa una impresión imperecedera, tanto que, en él, a pesar de sus múltiples quehaceres y compromisos, la "afición por la fiesta (siempre) perduró, y se ha conservado con las corridas que he visto por el mundo", nos dice. Demostración de que en la niñez

el ambiente cultural impregna futuras aficiones, en una etapa de la existencia en la que escuchar y ver forja una manera de interpretar, hacia el futuro, las realidades de la vida. Por eso los políticos de hoy, pensamos, tan deudores del *buenismo* y del *animalismo*, están en la tarea de evitar la asistencia de menores a las plazas de toros.

Otro aspecto que incentivó la afición de Vargas Llosa en aquella época, en la que eran frecuentes las cintas de género taurino, fue el estreno en Cochabamba, en el cine Rex, de la película *Sangre y arena*, en la versión de R. Mamoulian, interpretada por Tyrone Power, Linda Darnell, Rita Hayworth y Anthony Quinn. El futuro escritor y sus primas la vieron varias veces y llegaron a sabérsela de memoria, y a interpretarla de manera asidua, "en el vestíbulo y los patios de la profunda casa cochabambina". Y tanto caló en su imaginario de niño, que refiere: "nunca he querido volverla a ver, temeroso de que aquella inolvidable historia sentimental, de amores heroicos y corridas épicas, vista hoy día desencantara y aniquilara uno de mis mejores recuerdos de la infancia". Nosotros, en cambio, para ilustrarnos sobre este elemento formativo de la afición taurina de Vargas Llosa, la hemos vuelto a ver, para llegar a la conclusión de que se trata de una verdadera obra maestra del cine, con inolvidables escenas como aquella en que Doña Sol (Rita Hayworth) torea con el capote en el salón de su casa a Juan Gallardo (Tyrone Power), con arrebato y glamour. Un simple botón de muestra de la fuerza expresiva de esa película y de la incitante pasión por los toros, allá donde prende.

Vargas Llosa, en su niñez, pasaba del cine a la realidad, y viceversa, y entre las realidades que le rodearon como eje de su acción formativa taurina se encontró con el *toreo de salón* que él, a veces, practicaba de modo impulsivo, pero que en aquel entonces era gestionado, dentro de la casa, con pulso y ciencia por su tío Juan Eguren, mediante un utensilio torero adorado por los Llosa, un *capote de paseo* de Juan Belmonte. Poderosa razón para que la familia fuera *belmontista*, y prefirieran "el coraje (y el arte y el temple) de Belmonte más que la ciencia de Joselito", reforzada, ésta inclinación, por haberse casado Juan Belmonte "con una peruana" –Julia Cossío–, lo que permitía que los Llosa ejercieran aquí de chovinistas en sus gustos. La *capa de Belmonte* era una pieza de seda y "de oro y grana", y había llegado a la familia como regalo del legendario matador español al primer Eguren (el padre de su tío Juan, seguidor del diestro), manto que, según explica Vargas Llosa, se "sacaba del baúl con naftalina que lo protegía de las polillas en extraordinarias ocasiones, y a mí y a mis primas […] sólo nos permitían contemplarlo a la distancia, como una prenda religiosa, destinada a la veneración". Con ella, su tío Juan, en esas célebres reuniones, desplegaba delante de "los niños de la casa" todo su arte taurómaco, como elemento educativo de los asistentes, y situaba al *toreo de salón* –lo ha sido siempre– en la base técnica del aprendizaje taurino y recurso para estimular el apego a la corrida de toros: "mi

tío Juan la utilizaba para citar al invisible astado […] con movimientos lentos, rítmicos, de graciosa elegancia, [y] confundir y marear al animal obligándolo a embestir una y otra vez, raspándole el cuerpo, en una danza mortal que a mí y mis primas nos mantenía hipnotizados. Aquellas noches yo salía a las plazas a torear y escuchaba clarines, pasodobles, y veía los tendidos alborotados por los gritos entusiastas y los pañuelos de los aficionados".

Por otra parte, esa capa, confiesa Vargas Llosa, fue "probablemente, la razón del nacimiento de mi afición a la fiesta de los toros". Con el tiempo se perdió, aunque para él, "sigue existiendo donde nadie puede dañarla", en la memoria, reverenciada "como uno de los recuerdos más tiernos y emocionantes de [la] niñez". Hay que precisar que antes de perderse la capa definitivamente, fue usada también por un primo de su tío Juan, Mito Mendoza, que sabía mucho más de toros que sus tíos, y que vivía todas sus explicaciones dirigidas a los jóvenes con verdadera intensidad y dramatismo. Pero eso ya fue tras regresar la familia al Perú, hacia 1945 ó 1946, y comenzar otra fase de la vida de Vargas Llosa, cuando en los primeros años de la juventud acompañó a sus tíos Juan, Jorge y Lucho, a las plazas de Acho y la Monumental de la ciudad de Lima, para ver torear a Luis Procuna, Raúl Ochoa Rovira o Luis Miguel Dominguín, pero sobre todo para descubrir a su ídolo indiscutible, *Antonio Ordóñez*, al que siguió por toda la geografía española cuando fue a realizar el doctorado a Madrid (1958-1959), *matador* sobre el que quiso escribir un libro que superase la ciencia taurómaca de su admirado Ernest Hemingway, con quien no compartía la visión estética de la tauromaquia. Libro que en realidad elaboró el autor de *Muerte en la tarde*, alrededor de la competencia en los ruedos –aquellas temporadas– entre el mismo Ordóñez y su cuñado Luis Miguel Dominguín, y titulado *The dangerous summer* (*El verano peligroso*).

Todo esto, y lo que vino después, pertenece a otra etapa de la vida de Mario Vargas Llosa, aquella que le llevó a ver toros a mayor distancia para poder convertirse con plena dedicación en un escritor admirado por todo amante de la literatura y del buen gusto.

BIBLIOGRAFÍA

Obra taurina de Mario Vargas Llosa

"Botero en los toros". *El País*. (6-IX-1992).
"El pregón de Sevilla" en *Sentimiento del toreo*. Carlos Marzal (ed). Barcelona: Tusquets, 2010. 93-107.
"La capa de Belmonte". *El País.* (2-X-2003).
"La última corrida". *El País*. (2-V-2004).

"París era una fiesta (1964). Ernest Hemingway: La fiesta compartida". *La verdad de las mentiras*. Madrid: Suma de Letras, 2004. 287-298.
"Torear y otras maldades". *El País*. (18-IV-2010).

Bibliografía básica de la tauromaquia

Álvarez de Miranda, Ángel. *Ritos y juegos del toro*. Madrid: Taurus, 1962.
Campos Cañizares, José. *El toreo caballeresco en la época de Felipe IV: técnicas y significado-sociocultural*. Sevilla: Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Universidad de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, 2007.
Chaves Nogales, Manuel. *Juan Belmonte, matador de toros: su vida y sus hazañas.* Madrid: Alianza, 1969.
Corrochano, Gregorio. *¿Qué es torear? Introducción a las tauromaquias de Joselito y de Domingo Ortega*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2009.
Cossío, José María de. *Los toros. Tratado técnico e histórico.* Tomos I-IV. Madrid: Espasa Calpe, 1943-1964.
Delgado, José, "Pepe Hillo". *Tauromaquia o arte de torear. Obra utilísima para los toreros de profesión, para los aficionados y toda clase de sugetos que gustan de toros*. Madrid: Turner, 1988.
García-Baquero, Antonio, Romero de Solís, Pedro y Vázquez Parladé, Ignacio. *Sevilla y la fiesta de toros*. Sevilla: Biblioteca de Temas Sevillanos, 1980.
López Pinillos, José. *Las Águilas: De la vida de un torero*. Madrid: Alianza, 1967.
Montes, Francisco, "Paquiro". *Tauromaquia completa. El arte de torear en plaza tanto a pie como a caballo*. Madrid: Turner, 1983.
Ortega, Domingo. *El arte del toreo.* Madrid: Revista de Occidente, 1950.
Tapia y Salcedo, Gregorio de. *Exercicios de la gineta.* Madrid: Diego Díaz de la Carrera, Madrid, 1643.